

Fiesta del Cuerpo y la Sangre del Señor

Year
B

Ex 24:3-8

Ps 116:12-13, 15-16, 17-18

Heb 9:11-15

Mk 14:12-16, 22-26

Luis A. Vera, OSA

Siempre me han impresionado las distintas paradas que celebramos en nuestra sociedad. Hace apenas unas semanas celebramos el Día de la Recordación o Memorial Day. En esta parada recordamos a todas aquellas personas que han participado en el servicio militar. Estas paradas recuerdan y celebran a tantos hombres y mujeres que han dado el todo por su nación incluyendo su vida... pero de cierta forma estas paradas también glorifican el uso de la violencia para conseguir el fin deseado, sea éste un fin noble o no. Esta parada de la Recordación se lleva a cabo muy cerca del día en que celebramos la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Pero el mensaje que esta fiesta lleva es muy diferente del mensaje del Día de la Recordación.

El Cuerpo y la Sangre de Cristo es ofrecido y dado a todos por un amor extravagante... y se nos da este regalo tan grande sin mirar raza, color, nacionalidad o ingreso. Es Cristo el que ofrece su Cuerpo y su Sangre por todos nosotros por igual: buenos o malos. Es un Cuerpo que se nos da sin resistir a la muerte para que nosotros tengamos nueva vida. Es un Cuerpo que se nos da en amor para que nosotros amemos de la misma forma: de forma extravagante.

Las lecturas de hoy nos hablan del poder de una alianza. Y esa alianza es ratificada con sangre; sangre que simboliza no muerte sino vida. En el Día de la Recordación nos viene a la mente alianzas que han sido rotas y que han traído el derramamiento de sangre de tantas personas. Sin embargo en esta fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo, ratificamos nuestra alianza con el Señor y como el pueblo de Moisés, es nuestro llamado el decir: “Nosotros cumpliremos con todo lo que ha dicho el Señor”. La copa de bendición que compartimos es la Sangre de Cristo que nos trae vida divina. El pan que compartimos es el Cuerpo de Cristo, ofrecido para la redención de todos. En su Sermón # 272 San Agustín dice: “Se la que ves en la mesa y recibe lo que eres.” Vemos el Cuerpo de Cristo, recibimos el Cuerpo de Cristo y en verdad somos el Cuerpo de Cristo. El celebrar la Eucaristía es el experimentar la unidad de la Iglesia. Una unidad que vemos es imperfecta pero que nos llama constantemente a ser transformados, convertidos, cambiados; una unidad que nos llama a pensar con la mente de Cristo, a pensar y a actuar como Cristo.

Esta unidad nos llama a ser Eucaristía para los demás. Cuando recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos recibimos también el uno al otro. “¿A qué le dices amén?” decía San Agustín. “Le dices amén al misterio que tú eres”. Le decimos amén a la Iglesia del pasado, a la Iglesia del presente y a la Iglesia del futuro. Estamos unidos en un mismo Cuerpo. Decía Agustín: “Se te dice ‘Cuerpo de Cristo’ y respondes amén. Sé miembro del Cuerpo de Cristo para que tu amén sea auténtico”.

...Y en medio de todo el Señor nos llama a ratificar nuestra alianza con Dios. El Señor se entrega por completo en la cruz y nos deja su Cuerpo y su Sangre para que seamos alimentados. Siendo muchos somos un único pan, un único cuerpo. Esto exige que todos los que recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo estemos decididos a ponernos al servicio de los demás, sobre todo de los más pobres y excluidos. Reconocemos que la Eucaristía es algo activo no algo pasivo. Es esa Eucaristía la que nos mueve a ver al Cristo en medio nuestro y nos enseña a ser Cristo para los demás, nos enseña a entregarnos y a decir sí a la voluntad de Dios.

San Juan Crisóstomo nos decía: “Deseas honrar el Cuerpo de Cristo? No lo desprecies desnudo en los pobres, ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su fría y en su desnudez... ¿De qué servirá adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo se muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo”.

Nosotros tenemos la oportunidad de recordar con dolor a todos los que han entregado su vida por la violencia de la guerra. Pero ese recordar debe ser consistente con el recordar de Cristo. “Hagan esto en memoria mía” escuchamos en esta celebración. Cuando recordamos a los que han muerto en la guerra recordamos con tristeza la pérdida de la vida y nuestro fracaso de amar como Cristo nos ama. Nosotros no celebramos victorias, sino que lamentamos batallas. En la guerra Cristo sufre y muere en nuestros hermanos y hermanas; nosotros sufrimos su dolor y los recordamos cuando nos reunimos para celebrar el triunfo de Cristo sobre el dolor y el odio.

Mientras continuamos con esta celebración del Cuerpo y la Sangre de Cristo, reconocemos que dentro de unos momentos procesaremos como un mismo cuerpo que somos para recibir el misterio que somos. Afirmamos que cada vez que comemos de este Pan y bebemos del mismo cáliz, anunciamos la muerte del Señor hasta que vuelva.